

«¿Qué les parece a vuestras mercedes, señores—dijo el barbero—de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aún porflan que ésta no es bacía sino yelmo? Y quien lo contrario dijere—dijo don Quijote—le haré yo conocer que miente si fuere caballero, y si escudero que remiente mil veces.

«Así, así, mi señor don Quijote, así; es el valor descarado de afirmar en voz alta y a la vista de todos y de defender con la propia vida la afirmación, lo que crea las verdades todas. Las cosas son tanto más verdaderas cuanto más creídas, y no es la inteligencia, sino la voluntad, la que las impone.

«Bien hubo de verlo el pobre barbero de quien la bacía fué cuando aun no era yelmo. Primero fué Sancho, cuando Don Quijote dijo juro por la orden de la caballería que profeso que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna, quien agregó en tímido apoyo de su amo: *En eso no hay duda, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora no ha hecho con el más de una batalla, cuando libró a los sin ventura encadenados; y sino fuera por este bacíyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo azas de pedradas en aquel trance.*

«¿Bacíyelmo? ¿Bacíyelmo, Sancho? No hemos de ofenderte creyendo que esto de llamarle bacíyelmo fué una de tus socarrone-rías, no!; es la marcha de tu fe. No podías pasar de lo que tus ojos te enseñaban, mostrándote como bacía la prenda de la disputa, a lo que la fe en tu amo te enseñaba, mostrándotela como yelmo, sin agarrarte a eso del bacíyelmo. En esto sois muchos los Sanchos, y habéis inventado lo de que en el medio está la virtud. No, amigo Sancho, no; no hay bacíyelmos que valgan. Es yelmo o es bacía según quien de él se sirva, o mejor dicho, es bacía y es yelmo a la vez, porque hace a los dos trances. Sin quitarle ni añadirle nada puede y debe ser yelmo y bacía, todo él yelmo y toda ella bacía; pero lo que no puede ni debe ser, por mucho que se le quite o se le añada, es bacíyelmo...

«¿Qué? ¿Os extraña la general pendencia por si era la bacía bacía o si era yelmo? Otras mas entreveradas y más furiosas se han armado en el mundo por otras bacías, y no de Mambrino. Por si el pan es pan y el vino vino, y por cosas parecidas. En torno a Caballeros de la fe se arredilan carneros humanos, y por llevarles el humor o por cualquier otra cosa sostienen que la bacía es yelmo, como aquellos dicen, y se vienen a las manos por sostenerlo, y es lo fuerte del caso que los más de cuantos pelean, sosteniendo que es yelmo, tienen para sí que es bacía...

«En pocas aventuras se nos aparece Don Quijote más grande que en ésta en que impone su fe a los que se burlan de ella, y los lleva a defenderla a puñetazos y a coces y a sufrir por ella.

«¿Y a qué se debió ello? No a otra cosa que a su valor de afirmar delante de todos que aquella bacía, que como tal la veía él,

lo mismo que los demás, con los ojos de la cara, era el yelmo de Mambrino, pues le hacía oficio de semejante yelmo.

«Es el valor de más quilates, el que afronta no daño del cuerpo, ni mengua de la fortuna ni menoscabo de la honra, sino el que le tomen a uno por loco o por sandio.

«Este valor es el que necesitamos en España, y cuya falta nos tiene perlesada el alma. Por falta de él no somos fuertes ni ricos ni cultos; por falta de él no hay canales de riego ni pantanos, ni buenas cosechas; por falta de él no llueve más sobre nuestros secos campos, resquebrajados de sed, o cae a chaparrones el agua, arrastrando el mantillo y arrasando a las veces las viviendas.

«Que ¿también esto parece paradoja? Id por esos campos y proponed a un labrador una mejora de cultivo o la introducción de una nueva planta o una novedad agrícola, y os dirá: «Eso no pinta aquí». «¿Lo habéis probado?», preguntaréis, y se limitará a repetiros: «Eso no pinta aquí». Y no sabe si pinta o no pinta, porque no lo ha probado, ni lo ensayará nunca. Lo probaría estando seguro de antemano del buen éxito, pero ante la perspectiva de un fracaso y tras él la burla y la chacota de sus vecinos, tal vez el que le tengan por loco o por iluso o por mentecato, ante esto arredra y no ensaya. Y luego se sorprende del triunfo de los valientes, de los que arrostran motajos... de los que se sacuden del instinto rebañego...

«Sí, todo nuestro mal es la cobardía moral, la falta de arranque para afirmar cada uno su verdad, su fe, y defenderla. La mentira envuelve y agarrota las almas de esta casta de borregos modorros, estúpidos por opilación de sensatez.

«Se proclama que hay Principios indiscutibles y cuando se trata de ponerlos en tela de juicio, no falta quien ponga el grito en el cielo. «Estoy harto de oír llamar inoportunas a las cosas más oportunas, a todo lo que corta la digestión de los hartos y enfurece a los tontos. ¿Qué se teme? ¿Que se traben pendencia y se encienda la guerra de nuevo civil? ¡Mejor que mejor! Es lo que necesitamos.

«Sí, es lo que necesitamos; una nueva guerra civil. Es menester afirmar que son y deben ser yelmos las bacías y que se arme sobre ello pendencia como la que se armó en la veata. Una nueva guerra civil, con unas o con otras armas, ¿No oís a esos desgraciados de corazón engurruñado y seco, que dicen y repiten que estas o las otras disputas a nada práctico conducen? ¿Qué entienden por práctica esas pobres gentes? ¿No oís a los que repiten que hay discusiones que deben evitarse?

«No faltan menguados que nos estén cantando de continuo el estribillo de que deben dejarse a un lado las cuestiones religiosas; que lo primero es hacerse fuertes y ricos. Y los muy mandrias no ven que por no resolver nuestro íntimo negocio, no somos ni

seremos fuertes ni ricos. Lo repito, nuestra patria no tendrá agricultura, ni industria, ni comercio, ni habrá aquí caminos que lleven a parte adonde merezca irse mientras no descubramos nuestro cristianismo, el qui-jotesco. No tendremos vida exterior poderosa y espléndida y gloriosa y fuerte mientras no encendamos en el corazón de nuestro pueblo el fuego de las eternas inquietudes. No se puede ser rico viviendo de mentira, y la mentira es el pan nuestro de cada día para nuestro espíritu,

«¿No oís a ese burro grave, que abre la boca y dice: «¡eso no puede decirse aquí!» ¿No oís hablar de paz, de una paz más mortal que la muerte misma, a todos los miserables que viven presos de la mentira? ¿No os dice nada ese terrible artículo, padrón de ignominia para nuestro pueblo, que figura en los reglamentos de casi todas las sociedades de recreo de España y que dice: «se prohíbe discusiones políticas y religiosas?»

«¡Paz! ¡paz! ¡paz! Croan a coro todas las ranas y renacuajos todos de nuestro charco.

«¡Paz! ¡paz! ¡paz! Sí, sea, pero sobre el triunfo de la sinceridad, sobre la derrota de la mentira. Paz, que no una paz de compromiso, no un miserable convenio como el que negocian los políticos, sino paz de comprensión. Paz, sí, pero después que los cuadrilleros reconozcan a Don Quijote su derecho de afirmar que la bacía es yelmo; más aún, después que los cuadrilleros confiesen y afirmen que en manos de Don Quijote es yelmo la bacía. Y esos desdichados que dicen «¡paz! ¡paz!» se atreven a tomar en labios el nombre de Cristo. Y olvidan que el Cristo dijo que él no venía a traer la paz, sino la guerra, y que por él estarían divididos los de cada casa, los padres contra los hijos, los hermanos contra los hermanos. Y por él, por el Cristo, para establecer su reinado, el reinado social de Jesús—que es todo lo contrario de lo que llaman los jesuitas el reinado social de Jesucristo—, el reinado de la sinceridad y de la verdad y del amor y de la paz verdaderas; para establecer el reinado de Jesús tiene que haber guerra...

«No, ellos mismos nos han enseñado la fórmula: no caben nefandos contubernios entre los hijos de la luz y los de las tinieblas. Y ellos, los cobardes servidores de la mentira, son los hijos de las tinieblas, y nosotros, los fieles de Don Quijote, somos los hijos de la luz.

«Y volviendo a la historia, vemos que se sosegaron todos, pero uno de los cuadrilleros empezó a examinar a Don Quijote, contra quien llevaba mandamiento de prisión por haber libertado a los galeotes, y asíóle del cuello y pidió ayuda a la Santa Hermandad, pero revolvióse el Caballero contra él y por poco lo ahoga. Separáronlos, pero los cuadrilleros pedían su presa, *aquel robador y salteador de sendas y de carreras.*

«Reíase de oír estas razones Don Quijote, reíase y hacía bien en reírse, él, de quien los otros se reían; reíase con risa heroica y caballeresca, no burlona, y con mucho so-